Don Quijote, Sancho y el corazón de Durandarte: de *carne momia*

VÍCTOR DE LAMA DE LA CRUZ*

Resumen

Este artículo pretende recuperar el sentido que la expresión *carne momia* tenía para Cervantes y sus primeros lectores. Los anotadores de la obra cervantina han interpretado siempre que *carne momia* significaba la carne amojamada y seca propia de las momias egipcias. Sin embargo, no se ha tenido en cuenta que en los siglos XVI y XVII la expresión *carne momia* era polisémica y que se utilizaba especialmente para denominar la carne momificada que, como producto de la farmacopea de la época, se consumía en toda Europa. Las numerosas referencias que encontramos de esta acepción -entre ellas el *Dioscórides* de Andrés Laguna y el *Tesoro* de Covarrubias- nos aseguran que Cervantes y sus lectores la conocían y que teniendo presente dicha acepción los pasajes en que se habla de *carne momia* ganan en humor y expresividad.

Palabras clave: Quijote; Sancho; Durandarte; *carne momia*; momia; humorismo.

Title: Don Quixote, Sancho and the heart of Durandarte: *carne momia*

Abstract

This article aims at recovering the meaning that the expression *carne momia* had for Cervantes and his first readers. The annotators of Cervantes' work have always interpreted that with this expression he referred to dry meat ('amojamada'), typical of the Egyptian mummies. However, it has not been taken into account that in the sixteenth and seventeenth centuries the expression *carne momia* was polysemic and was used especially to describe the mummified meat that, as a product of the pharmacopoeia of that time, was consumed throughout Europe. The numerous references that we find of this meaning -among them the *Dioscorides* of Andres Laguna and the *Tesoro* of Covarrubias- confirm that Cervantes and his readers were familiar with it and that keeping this meaning in mind the passages that talk about mummy meat gain in humor and expressivity.

* Universidad Complutense de Madrid. victordelama@pdi.ucm.es. ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-6497-3253>.

Keywords: Quixote; Sancho; Durandarte; *Carne Momia*; Mummy; Humor.

Cómo citar este artículo / Citation

De Lama de la Cruz, Víctor (2019). «Don Quijote, Sancho y el corazón de Durandarte: de *carne momia*», *Anales Cervantinos*. 51, pp. 99-124, <https://doi.org/10.3989/anacervantinos.2019.005>.

1. LA PRESENCIA DE LA *CARNE MOMIA* EN EL *QUIJOTE*

Tres veces encontramos la palabra *momia* en el *Quijote*: una en la Primera parte y dos en la Segunda. No aparece en el resto de las obras de Cervantes. En las tres ocasiones forma parte del sintagma *carne momia*, expresión que debía de estar ya lexicalizada, pues a menudo la vemos en textos contemporáneos escrita como una sola palabra¹ y así lo han entendido quienes han anotado la expresión a propósito de *carne* y no de *momia*². La primera la encontramos al final de la Primera parte (I, 50), cuando Sancho se aparta de don Quijote, del canónigo y del cabrero Eugenio en el momento en que este se dispone a contar sus desventuras como enamorado de la joven y hermosa Leandra. Dice Sancho:

... yo a aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres días; porque he oído decir a mi señor don Quijote que el escudero del caballero ha de comer cuando se le ofreciere, hasta no poder más, a causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada que no acierten a salir de ella en seis días, y si el hombre no va harto, o bien proveídas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho *carne momia* (p. 498)³.

En el arranque de la Segunda parte (II, 1), don Quijote reaparece reposando unos días en su casa. El cura y el barbero han pasado casi un mes sin verle y deciden comprobar su mejoría: «Visitáronle, en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de *carne momia*» (p. 537).

Hasta aquí el lector del *Quijote* ha podido imaginar, primero a Sancho y luego a don Quijote, de una u otra manera *momificados*. La tercera vez que

1. En efecto, algunos editores como Luis Andrés Murillo (Cervantes 1989, I: 590) o John Jay Allen (Cervantes 1983) prefieren la forma *carnemomia*, lo mismo que Sebastián de Covarrubias en el *Tesoro de la lengua castellana* (1611).

2. Así, por ejemplo, en la *Gran Enciclopedia Cervantina* (GEC) y en la ed. de Francisco Rico (Cervantes 2004).

3. Cito siempre por la edición de F. Sevilla y A. Rey: Miguel de Cervantes (1994). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.

nos sale al paso la expresión es en el episodio de la cueva de Montesinos (II, 23), cuando el hidalgo manchego describe la comitiva que acompañaba a Belerma llevando en las manos un lienzo con el corazón de Durandarte:

Vi por las paredes de cristal que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras; era cejijunta, y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, a lo que pude divisar, un corazón de *carne momia*, según venía seco y amojamado (p. 715).

Sigue diciendo don Quijote que ese era el ritual con el que cuatro días en semana las doncellas de Belerma hacían esa procesión cantando o «por mejor decir, llorando endechas».

En sus respectivos contextos, la imagen de la *carne momia* en el *Quijote* se muestra al lector con una poderosa expresividad. Y como en otros tantos pasajes de la obra, se reviste de una ironía tragicómica: primero en la apariencia de un Sancho que se imagina a sí mismo consumido después de un largo ayuno; luego en el aspecto patético con que aparece don Quijote al principio de la Segunda parte a la vista del cura y el barbero; y finalmente en la triste realidad a la que ha llegado el enorme corazón de Durandarte⁴, al que su primo Montesinos, después de sacárselo del pecho y en preparación de su largo traslado, le había echado un poco de sal «porque no oliese mal y fuese, si no fresco, al menos amojamado» (p. 713).

2. LOS ANOTADORES DEL *QUIJOTE*

Revisemos las notas de las principales ediciones del *Quijote*. Hasta finales del siglo XVIII no se vio la necesidad de anotar la obra cervantina. La edición que imprimió Ibarra para la Real Academia de 1780 apenas está anotada y no se detiene en explicar *carne momia*. La primera edición castellana debidamente anotada es la del reverendo inglés John Bowles (Cervantes 1781) que dedica el tercer y último tomo de su edición, con unas 600 páginas, a comentar profusamente la obra. Vemos “momia” entre las palabras principales, pero el

4. Su corazón era grande en todos los sentidos, pues había declarado antes Montesinos que «después de muerto le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras, porque, según los naturales, el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño» (p. 712).

término no se comenta. Tampoco Juan Antonio Pellicer en su edición en cinco volúmenes (Cervantes 1798-1799) se detuvo a anotar *carne momia*.

Empezaremos, por tanto, por la de Diego Clemencín, publicada en seis volúmenes entre 1833 y 1839⁵. Este erudito interpretó el *Quijote* de una forma un tanto idealizante y ahistórica. Quizá por eso anotó la expresión buscando una lectura atemporal. En II, 1, afirma que *carne momia* es:

Carne enjuta y sin humedad, como la de las momias o cadáveres que suelen encontrarse en Egipto, fuese por los aromas con que los embalsamaban preservándolos así de la corrupción, o porque las arenas en que los sepultaban los torbellinos que levantaba el viento en los desiertos, chupaban, ayudados del calor del sol, toda la humedad, y los dejaban enjutos y sin elementos para podrirse. Lo mismo vienen a ser los guanches de Canarias⁶.

En 1859 apareció *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, en un volumen ilustrado, «con las notas de Pellicer, Clemencín y otros repartidas por el contexto». Parece que esos nombres de la portada eran mero reclamo publicitario, pues paradójicamente esta edición llevaba muy pocas notas y no decía una palabra sobre la *carne momia*.

La edición de Francisco Rodríguez Marín (Cervantes 1931-1935), en ocho volúmenes, no anota la expresión *carne momia* en ninguna de sus tres ocurrencias en la obra. Tampoco lo hacen Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla (Cervantes 1935-1941) ni John Jay Allen (Cervantes 1983), ni otros muchos editores, seguramente por considerar que anotar *carne momia* era innecesario.

Luis Andrés Murillo (Cervantes 1989) solo anota la expresión en I, 50 y se vale para ello de las palabras iniciales de Covarrubias, que veremos a continuación⁷. Florencio Sevilla y Antonio Rey (Cervantes 1994) introducen una novedad: en II, 23 proponen la comparación con una expresión de *La pícara Justina*: «Una mujer que parecía que constaba de solo *carne momia*». Volveremos luego sobre ello.

Martín de Riquer (Cervantes 2005) explica *carne momia* solo en I, 50, anotando «como queda el cuerpo embalsamado». Francisco Rico en la edición del IV Centenario (Cervantes 2004) anota en I, 50, «‘momificado’, es decir,

5. La edición de Clemencín, con diversos cambios, estuvo vendiéndose en las librerías casi un siglo. Sus extensos comentarios merecieron una publicación aparte (Bradford 1885).

6. En II, 23, Clemencín viene a decir lo mismo parafraseando las primeras palabras de Covarrubias en su *Tesoro*. Nuestro cervantista había destacado ya antes la comicidad del pasaje de I, 50: “Pedantería de Sancho, que habla cual si estuviera mui ducho en la lectura y noticias de los libros caballerescos, y supiera [de] muchos ejemplares de escuderos consumidos y muertos de hambre. Cervantes hace reír al lector a costa de Sancho; y todavía será mayor la risa, si al lector le ocurre que Sancho habla, como indican al parecer sus palabras, de un solo hombre que se queda *hecho carne momia muchas veces* [la cursiva es de Clemencín]”. Parece evidente que este editor no entendió bien las últimas palabras de Sancho, ya que al decir “muchas veces” se refiere a “cualquier hombre”, no que el mismo hombre se convierta en momia en sucesivas ocasiones.

7. Nótese que ni siquiera llega a terminar la frase: «Es la carne enjuta, sin humedad ninguna, del cuerpo del hombre, que por estar embalsamado o por haberse secado entre el arena ardiente» (Cov. 309.b.12).

‘muerto’» y luego otra vez en II, 23, ‘momificado’. En la última edición de Rico (Cervantes 2015) nada nuevo se añade, ni siquiera en el segundo tomo que se dedica íntegramente a información complementaria y a la bibliografía⁸.

En la *Gran Enciclopedia Cervantina* (GEC) la entrada *carne momia* no va más allá de las explicaciones que hemos visto en las ediciones mencionadas. En la voz *farmacopea* de la GEC (pp. 4589-4598), F. López-Muñoz y C. Álamo explican en detalle las menciones de las obras cervantinas a productos curativos contemporáneos, pero ninguna referencia encontramos en su artículo a la *carne momia*⁹. Es verdad que en el *Quijote* no se menciona explícitamente como producto terapéutico, pero no hubiera estado de más alguna referencia a su presencia en la farmacopea de la época, pues la *carne momia* aparece en el *Quijote* en tres pasajes importantes y, como pronto comprobaremos, el uso médico y veterinario era habitual en la época. Tampoco en la voz *medicina* de la GEC se alude a la *carne momia*.

Volviendo a las notas del texto del *Quijote*, comprobamos que la explicación dominante de *carne momia* es la recogida por el *Diccionario de Autoridades* al referirse a «la que se saca de entre la arena ardiente, cuando los torbellinos de arena sepultan vivos a los hombres o animales». A su vez coincide con la primera acepción que ofrece Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* como «carne enjuta, sin humedad ninguna, del cuerpo del hombre, que por estar embalsamado, o por averse secado entre el arena ardiente, cuando el torbellino d’ella los sepulta vivos en sí, como si fueran olas de alta mar». Los editores del *Quijote* se han decantado por esta acepción de *carne momia*, al parecer, sin tener en cuenta la polisemia de la expresión.

¿Ofrecen estas ediciones una información satisfactoria sobre *carne momia* para el lector actual del *Quijote*? Si pretendemos que nuestra lectura se aproxime a las expectativas del lector de principios del siglo XVII, la respuesta ha de ser negativa. Mi punto de partida es que *carne momia* era en la época de Cervantes una expresión polisémica. Y esa polisemia se advierte ya en el *Tesoro* de Covarrubias, en el *Diccionario de Autoridades* y en otros muchos textos recogidos en las bases de datos del *Corpus Diacrónico del Español* y el *Corpus del nuevo Diccionario Histórico del español*. Pero, ¿por qué hemos de pensar que la interpretación cabal de lo que se entendía por *carne momia* en esos tres contextos del *Quijote* requiere tener presentes las diversas acepciones? Observemos que la presentación de Sancho, de don Quijote y del corazón de Durandarte convertidos de repente en *carne momia* se produce en tres pasajes humorísticos. Si no nos cabe ninguna duda de que Cervantes

8. Los trabajos dedicados al vocabulario de Cervantes no añaden más precisiones. A. Echeverría Reyes (1932) define *carne momia* como «la del cadáver embalsamado» y C. Fernández Gómez (1962) cita dos de las tres ocurrencias en el *Quijote*, pero no las explica. El *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*, de J. L. Alonso Hernández (1977), no recoge la voz *momia* ni tampoco *carne momia*, a pesar de que algunas acepciones, como veremos, están vinculadas al lenguaje de germanía.

9. Aunque sí mencionan la *carne momia* en otros de sus trabajos, tampoco nombran la *carne momia* cuando se ocupan específicamente de la huella del *Dioscórides* en la obra de Cervantes (García-Muñoz y Álamo 2007: 193-217).

buscó en esos pasajes el efecto jocoso, parece aconsejable tener presentes todos los significados del sintagma en cuestión.

3. ACEPTIONES DE *CARNE MOMIA* EN LA ÉPOCA DE CERVANTES

¿Qué se entendía por *carne momia* en la época de Cervantes? Entre la publicación de la Primera y la Segunda parte del Quijote, Sebastián de Covarrubias dio a la imprenta su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611). A diferencia de Juan de la Cuesta, que prefirió escribir *carne momia*, en dos palabras tanto en la Primera como en la Segunda parte, Covarrubias debió de considerarla ya lexicalizada y nos la ofrece como palabra compuesta. Como vemos, su explicación es mucho más extensa que la de las notas del *Quijote*:

CARNEMOMIA¹⁰, es la carne enjuta, sin humedad ninguna, del cuerpo del hombre, que por estar embalsamado, o por averse secado entre el arena ardiente, cuando el torbellino d'ella los sepulta vivos en sí, como si fueran olas de alta mar. Dizen aver tomado nombre de *mumia*, cierto betún con que se embalsaman los cuerpos muertos, el cual incorporado, y conficionado con el vientre y humor corrompido del difunto se haze aquella confección y pasta que llaman *mumia*. La perfectissima es de los cuerpos de los Príncipes, porque le echan juntamente aloe, açafrán, mirra y bálsamo. Verás a Laguna sobre *Dioscórides*, lib.1 cap. 81, alega a Serapión, que la describe en esta forma: *La mumia nace en territorio de Velona y deciendo de ciertos montes, por los cuales pasan algunos ríos, cuyas ondas la arrojan a la ribera, a donde se quaxa, y se haze a manera de cera, dando de sí un olor hediondo a manera de pez mezclado con asphalto, etc.* Otros dizen estar corrompido el vocablo de *carne ammomia*, o sea de ἄμμον, Iúpiter Ammón, cuyo templo famoso estuvo en los desiertos de África, o de ἄμμος, *amos*, *sabulum*, arena, por cuanto los que caminaban por los desiertos de África, quedavan muchas veces cubiertos con el arena y enterrados en ella; la cual por ser tan menuda suele el viento llevarla de una parte a otra, como en el mar es ordinario moverse grandes olas con la tempestad, y al cabo de mucho tiempo se hallan sus cuerpos enteros, pero muy enxutos y secos; y esta carne dizen ser de medicina que se receta para muchas enfermedades. Verás al Padre Pineda en su *Monarquía Eclesiástica*, lib. 7 c.I. & c.4¹¹. Otros dizen que carne momia se dixo corrompido el vocablo, de *carnehomia*, quasi *caro hominis* (f. 139(b)r).

10. Advuértase que no está bien alfabetizada, pues aparece después de la voz *carnero*. Cito por la edición de 1611 mencionada. Luego aparece la entrada *momia*, en donde se limita a copiar algunas de las frases leídas en *carnemomia*. En la edición de B. Remigio Noydens de 1674, con *Adiciones*, no se perciben cambios en ambas entradas. Hay edición moderna de Ignacio Arellano y Rafael Zafra (Covarrubias 2006).

11. La *Monarquía Eclesiástica o Historia universal del mundo*, del franciscano fray Juan Pérez de Pineda, conoció varias ediciones: Zaragoza 1576, Salamanca 1588, Barcelona 1606, Zaragoza 1620... Efectivamente, en el libro 7.º, cap. 4, relata lo que les sucedió a los soldados de Alejandro Magno, como ya sucediera a Cambises: «Y el agua se les avía acabado a los cuatro días o poco más, y el sol quemava más que calentava, con lo cual todos renegaban de Alexandre que a tal matadero los llevaba, que a

Resulta chocante que la frase de Covarrubias en que alude al consumo de la *carne momia* («esta carne dicen ser de medicina que se receta para muchas enfermedades») no haya tenido ningún eco entre los anotadores del *Quijote*. Igualmente resulta llamativa la afirmación según la cual «La perfectísima [*carne momia*] es de los cuerpos de los Príncipes, porque le echan juntamente aloe, açafrán, mirra y bálsamo». Estas ideas venían siendo aceptadas desde bastante tiempo atrás, pero he querido traer aquí en primer lugar el texto de Covarrubias por haberse publicado en 1611 y también por ser obra de consulta obligada en la anotación de los textos de los siglos de oro.

En el *Diccionario de Autoridades* (vol. 2, 1729) la expresión se explica dentro de la voz *carne* en dos entradas:

CARNE MOMIA. La carne muerta y conservada mucho tiempo, como si estuviera fresca, a fuerza de artificio, con aromas y bálsamos y otros ingredientes que preservan de la corrupción; o la que se saca de entre la arena ardiente, cuando los torbellinos de arena sepultan vivos a los hombres o animales. Lat. *Mumia, ae. PRAGM. DE TASS.* año 1680. fol. 17. Cada libra de *carne momia* no puede pasar de doce reales. COMEND. *Sob. las 300.* fol. 62. «Los cuerpos muertos de los que así mueren se llaman *carne momia*, y el arena que los cubre arena de *momio*». MARM. *Descrip.* tom. I. fol. 14. «Y de estos cuerpos dicen que se hace la *carne momia*»¹².

CARNE MOMIA. Se llama también la carne que se vende en la carnicería, cuando es sin hueso y de parte escogida. Es término de estilo familiar. Lat. *Expers ossis caro. PIC. JUST.* fol. 195. «Parecía que constaba solo de carne momia, o que era carne sin hueso, como carne de membrillo»¹³.

Me parece relevante que la Academia recoja en su *Diccionario* las dos principales formas de momificación: la momia *húmeda*, que da a los cadáveres la apariencia de estar recién muertos y que podemos apreciar en los cuerpos de santos y reyes embalsamados (“a fuerza de artificio”), habitualmente considerados “incorruptos”; y la momia *seca*, que por lo general se vincula al Antiguo Egipto, pero que se ha conocido en todos los continentes y en

soplar un poco el ayre, no avía más que levantarse las arenas, y hazer montes de sí y tomarlos debaxo, y dexarlos allí para siempre soterrados, como ya avía acontecido a Cambyzes y a otros reyes, y de allí se llama *carne momia*, que se ha de decir Amomia del templo de Amon» (1588, libro 7, f. 131vb).

12. La *Pragmática de tasas* de 1680 fue un documento muy utilizado por el *Diccionario de Autoridades* y sirve a menudo para conocer el significado más cotidiano. En este caso queda claro que este producto de la farmacopea era caro, como también nos certifica Quevedo, según veremos luego. El Comendador no es sino Hernán Núñez de Toledo, que en su *Glosa sobre las Trescientas*, publicada por primera vez en 1499, escribe: «En África, cuando hay vientos, levantan muy grandes montones de arena, los cuales toman debaxo y ahogan muchas veces a los caminantes, y desta manera pereció toda la hueste de Cambyzes hijo de Cyro... Los cuerpos muertos de los que assí mueren se llaman ‘carne momia’, y el arena que los cubre ‘arena de momio’» (Pérez Priego 1989: 258). La Primera parte de la *Descripción general de África* de Luis de Mármol Carvajal se publicó en 1573 (Granada, René Rabut). Su larga estancia en África permite considerar a este escritor una autoridad en la materia.

13. La *picara Justina* fue impresa por primera vez en Medina del Campo por el impresor Cristóbal Lasso Vaca en 1605 con el título *Los entretenimientos de la picara Justina*. Fue reeditada en Barcelona ese mismo año por Sebastián de Cormellas como *La picara montañesa llamada Justina*.

épocas muy variadas. La primera forma de momificación es artificial, en tanto que la segunda se considera natural como consecuencia de las tormentas de arena. No tienen en cuenta en su definición que también la momia seca es consecuencia a menudo de complejos embalsamamientos. Solo a cierto decoro mal entendido o a escrúpulos personales puede atribuirse el hecho de que los académicos silencien el consumo con fines terapéuticos de la *carne momia*; sobre todo si tenemos en cuenta que el *Tesoro* de Covarrubias fue libro de cabecera para la confección del *Diccionario* y que por los años de su publicación el padre Feijoo publicaba un discurso crítico sobre la autenticidad de la *carne momia* y sobre su valor terapéutico¹⁴.

Con estos testimonios principales podemos distinguir cinco significados para la expresión *carne momia* en la época de Cervantes:

1. La carne muerta y conservada mucho tiempo, como si estuviera fresca, a fuerza de artificio, con aromas y bálsamos y otros ingredientes que preservan de la corrupción. Esta definición de *Autoridades* viene a coincidir con lo que en el ámbito cristiano conocemos como *cuerpo incorrupto*.
2. Cuerpo consumido y amojamado de un cadáver; es el significado preferido en las anotaciones del *Quijote*.
3. Producto terapéutico procedente de una momia seca que, en polvo o en trozos, era consumido por las personas o los animales para sanar de diversas dolencias.
4. En lengua de germanía podía referirse sin más a un *cadáver*, equivalente a lo que hoy puede denominarse un *fiambre*.
5. Además, se llamaba así también la carne que se vendía en la carnicería, cuando es sin hueso y de parte escogida. *Autoridades* precisaba que «es término de estilo familiar».

El abanico semántico de la expresión *carne momia* para los españoles del siglo XVII era realmente rico. De todos sus significados, es su utilización como elemento curativo por humanos el que más nos interesa aquí. Conviene destacar que dicha utilización poseía ya en la época de Cervantes una larga trayectoria. Por la propia naturaleza del producto y por el ambiente religioso de la época, su uso terapéutico requería cierta discreción. De hecho, en el siglo XVI dicho consumo no estaba exento de polémica. Las voces en contra sonaron más altas al otro lado de los Pirineos que en España, pero veremos cómo la Península Ibérica no quedó al margen de tal debate. Para contextualizar el fenómeno, quiero reproducir las palabras con que empezaba Dannenfeldt un documentado artículo sobre el comercio de momias en el siglo XVI:

14. «La Momia, tan decantada por Médicos y Botánicos, y aún mucho más por los que la venden a estos como eficaz remedio para varias enfermedades, se toma en el segundo o tercer sentido: en que encuentro alguna variedad, porque el Mathiolo quiere, que toda la virtud esté en aquellas drogas con que el cuerpo fue embalsamado...» (Feijoo 2003: 312).

By the sixteenth century Egyptian mummies, usually in broken pieces or powder, could be found in the shops of all European apothecaries as a drug for prescriptions. That (*sic*) the embalmed bodies of ancient Egyptians, and even the “mummified” bodies of those more recently dead, became a valued drug was due to a complicated and confusing process of transference and substitution involving originally the use of bituminous products in medicine. It was also in the sixteenth century that physicians and scholars began to question the value of mummy as a drug and to protest its use in medicine. They pointed out errors in translations and interpretations by medieval translators which had caused the change from bitumen to embalmed or desiccated bodies, ancient or contemporary (1985: 163).

El comercio y el consumo de *carne momia* no es desconocido por los especialistas de la literatura médica, pues ya en la primera parte del siglo XIX Petigrew dio buena cuenta de este consumo humano en su célebre *A History of Egyptian Mummies* (1834), obra con que se inicia el estudio moderno de las momias. Por lo que se refiere a España, da la impresión de que los escrúpulos que los primeros académicos demostraron al silenciar en el *Diccionario de Autoridades* este consumo terapéutico hubieran seguido vigentes durante mucho tiempo. Por fortuna, trabajos como el mencionado de Dannenfeldt (1985), el de Bellido Morillas (2008), los dos de Rojo Vega (2012a y 2012b) y el de García Marrasé (2015), nos obligan a quitarnos la venda de los ojos. Para empezar, debemos comprobar si este comercio y consumo se ve confirmado en la literatura española de la época y las demás acepciones de *carne momia* se ven ratificadas por el uso. Para ello, me detendré en textos aparecidos unos cincuenta años antes del *Quijote* de 1605 y en los cincuenta posteriores al de 1615. Dicho de otra manera: testimonios que vieron la luz en los reinados de Felipe II, Felipe III y Felipe IV.

4. ALGUNOS TESTIMONIOS FRANCESES

Como el fenómeno del consumo de la *carne momia* no era solo español, conviene traer aquí algunos testimonios europeos. En Francia, en especial, el asunto fue tratado por escritores de mucho relieve. Si se sabía que el rey Francisco I llevaba siempre consigo un saquito de *carne momia*, no debemos extrañarnos de que los geógrafos y los médicos de monarcas posteriores discutieran sobre el asunto.

Pierre Belon (1517-1564), que viajó por Egipto y Palestina de 1546 a 1549, dedicó en *Les observations de plusieurs singularitez et choses memorables*¹⁵ un espacio considerable a describir cómo eran las momias egipcias. En esta obra afirma que:

15. El título completo es *Les observations de plusieurs singularitez et choses memorables trouvées en Grèce, Asie, Judée, Egypte, Arabie et autres pays étrangers*. París, G. Carrocet, 1553; pero cito por la edición de 1588.

L'usage des dits corps embaumez en Egypte, c'est à dire nostre mumie, est en si grand usage en France, que le Roi François, restaurateur des lettres, n'alloit nulle part, que ses sommeliers n'en apportassent tousiours quant et lui en la ferriere ensemble avec la Reubarbe: et aussi que luy mesme en portoit sur luy (Belon 1583: 261).

El franciscano André Thevet (1516-1590), cosmógrafo de Enrique II de Francia, presume de haber consumido *carne momia* en Egipto y asegura que la mejor es la preparada con diversas sustancias, ya que las momias espontáneas no le ofrecen las mismas garantías. Es más, habla de las falsificaciones judías, realizadas por motivos comerciales¹⁶.

La opinión de Ambroise Paré (1509 o 1510-1590) quizá fue la que tuvo más repercusión. Como cirujano al servicio de los monarcas Enrique II, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, se ganó un gran prestigio en toda Europa. En el *Discours d'Ambroise Paré, conseiller et premier chirurgien du roy, a savoir de la mumie, de la licorne, des venins et de la peste* (1582) dedicó 28 páginas a la momia, con valiosas reflexiones¹⁷. Entre otras informaciones, Paré cuenta que Louïs de Paradis, cirujano de Vitry en Partois, le había dicho que durante su estancia en Egipto entró en una de sus grandes pirámides:

Où il vit plus de deux cens corps encore tous entiers, qui avoient les ongles rouges: parce que c'estoit la coustume de ce pays là, que pour avoir des belles mains, il falloit avoir les ongles rouges. Les gens du pays ne veulent souffrir qu'on transporte aucun des dits corps, disans que les Chretiens sont indignes de manger leur corps morts. Que si on les tire hors du pays, c'est par le moyen de quelques juifs, qui les emballent avec leur merchandise, afin que'on ne les puisse cognoistre (Paré 1582: 4rv).

El espíritu crítico del cirujano francés se manifiesta en varios pasajes de su obra. Más interesante es otro testimonio que aporta Ambroise Paré, el de Guy de la Fontaine, médico del rey de Navarra, según el cual en 1564 (Pioreschi 1996: 357) la mayoría de las momias que se comercializaban en Europa eran falsificaciones judías¹⁸. La conclusión de Paré es clara: si el trata-

16. «Allez vou au Caire, Rossette, Damiatte, Alexandrie et autres lieux d'Egypte, les turcs, les arabs et mores blancs vous monstrent dan quelque secrettes boutiques de leurs Apathiquaires (qu'ils nomment *Elhanoc*) une infinité de Momies et les juifs sur tous, combien qu'ils soient falsificateurs de cela, aussi bien que de toute autre drogue. Mais vous avez plus de plaisir et contentement de les aller visiter vous mesmes es sepulchres et par les pyramides et obelisques, pour autant que vous y voyez des corps d'hommes tous barbus, des autres sans barbe, de femmes qui ont la face ternie...» (Thevet publicó las memorias de su viaje en 1554, pero cito por la ed. de 1575: f. 44r).

17. Parece que el opúsculo fue consecuencia de las quejas de Monsieur Christophe des Ursins al poner objeciones a Paré por no utilizar la *carne momia* para sanarle tras un accidente al caer de su caballo.

18. «Le dict Juif en se mocquant de ceste imposture, se print a rire, l'asseurant, & affermant qu'il n'y avoit poit quatre ans, que tous les dicts corps qu'il voyoit là (en nombre de trente ou quarante) il les preparoit luy mesme, & que c'estoient corps d'esclaves, ou autres personnes. Le dit de la Fontaine luy demandant encore, de quelle nation, & fils n'estoient point morts de mauvaise maladie, comme de lepre, verole, ou peste: il luy respondit, qu'il ne se soucioit point d'où ils fussent, ny de quelle

miento fuera efectivo, nada habría que alegar. Pero su experiencia le dice que en nada beneficia al enfermo. Al contrario, le causa un fuerte dolor de estómago, mal olor de boca, grandes vómitos... Por eso concluye: «Je proteste de jamais n'en ordonner, ny permettre à aucun en prendre, s'il m'est possible» (f. 8v). A pesar de esta condena, la *carne momia* siguió ocupando un lugar importante en la farmacopea francesa de la época.

5. LA CARNE MOMIA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI

Volvamos ahora al panorama español, para lo cual nos servimos sobre todo de la base de datos CORDE. No me detendré mucho en los testimonios medievales, documentados ya en castellano hacia 1250 en el *Moamin*¹⁹. A finales del siglo XIV, el *Libro de las aves de caça* del canciller Pero López de Ayala sintetiza, junto con el *Livro de falcoaria* del portugués Pero Menino, la experiencia personal del aristócrata castellano con mucha sabiduría precedente y ya se cuenta con las virtudes del polvo de la momia²⁰.

Muy elocuente es la mención de Pero Tafur en su viaje por el desierto desde El Cairo hasta el monte Sinaí, realizado hacia 1436-1437, donde explica que la *carne momia* seca “se muele”²¹. En el libro de *Gordonio*²², fechado en 1495, y en el anónimo *Libro de astrología*, anterior a 1500²³, encontramos ejemplos más cercanos. Lo mismo podemos decir de alguna mención de Francisco López de Villalobos (1473-1549), el que fuera médico del Duque

mort ils estoient morts, ou s'ils estoient vieils ou jeunes, masles ou femelles, pourveu qu'il qu'il en eust, & qu'on ne les pouvoit cognoistre quand ils estoient embaumez» (Paré 1582: ff. 7r-7v).

19. «E si vieren que an ensangostamiento de fuelgo por apertamiento de los pechos, tomen de la momia e desliánla con olio de lilio...» (Abraham de Toledo 1987: 139r). Hay otra edición de *Moamin*, realizada por José Manuel Fradejas Rueda (1987).

20. Para procurar los “remedios y melezinamientos” de las dolencias de estas aves, el polvo de momia es utilizado en varias fórmulas magistrales que las aves cetreras debían ingerir: «Toma la momia que tienen los buticarios et la pez et la zaragatona et la simiente de la yerva menudilla que llaman suelda menor et simiente de mastuerço ... e todas estas cosas sean molidas et çernidas por su cabo, et después sean mezcladas et vueltas en uno...» (López de Ayala 1869: 110).

21. «E partimos del Cairo, yendo por aquellas arenas muertas del Egipto con muy grande trabajo e grande peligro, la calor tan grande que dudaba ombre de poderlo sufrir. En estas arenas dizen que se faze la momia, que es carne de ombres que mueren allí, e con la gran sequedad no podrecen, mas consumiéndose aquel húmido radical, queda la persona entera e seca, tal que se puede moler» (Tafur 2018: 152). El fenómeno de la momificación espontánea por efecto de las dunas era conocido por su contemporáneo Juan de Mena y luego por Hernán Núñez, quien en su comentario a *Las Trescientas*, publicado en 1499, escribe: «En África, quando hay vientos, levantan muy grandes montones de arena, los cuales toman debaxo y ahogan muchas veces a los caminantes, y desta manera pereció toda la hueste de Cambyzes hijo de Cyro... Los cuerpos muertos de los que assí mueren se llaman ‘carne momia’, y el arena que los cubre ‘arena de momio’» (Pérez Priego 1989: 258).

22. En el que se recomienda su uso mezclada y molida con otros elementos y preparada con aceite rosado (Cull y Wasick 1995).

23. Donde se afirma que en las sepulturas subterráneas de Alejandría se saca la momia, «que es una especie de que se sirven los çirujanos en las curas de las quebraduras y otras cosas» (Herrera y Sánchez 2000: 23v).

de Alba y luego de Fernando el Católico y del emperador Carlos hasta que se jubiló en 1542; Villalobos habla de la *carne momia* en el *Sumario de la medicina, con un compendio sobre las pestíferas bubas* (Salamanca, Antonio de Barreda, 1498), como producto muy eficaz para la soldadura de huesos (Herrera y González de Fauve 1997). En el siglo XVI son múltiples las alusiones al uso veterinario de la *carne momia*. Así, Fadrique de Zúñiga y Sotomayor (1475-1537), el montero mayor de Carlos V, en su *Libro de cetrería de caza de azor* (Salamanca, Juan Casanova, 1565) aconseja su uso para soldar los huesos de la pata de un halcón²⁴. Y dicha práctica pervive en el *Modo de meleçinar las aves*, obra anterior a 1600, donde los remedios a base de momia se mencionan unas cuantas veces²⁵. En la época de Felipe II se encuentran algunos testimonios de su uso médico. Así, en los *Secretos de Chirurgía* (1567) de Pedro Arias de Benavides, al distinguir las diferencias entre la medicina de los indígenas americanos y la española en lo referente a las caídas, explica:

En las Indias tienen práctica diferente de la de España, porque cuando alguno cae acá le dan su poción contra cayda, que se haze de ruibarbo tostado y *carne momia* y rubia de tintoreros, deshecho en xarabe acetoso y agua de xarabe de granadas y agua de llantén, cantidad de agua de quatro onças y de xarabe dos²⁶.

A mediados del siglo XVI, la expresión *carne momia* para referirse a un cadáver debía de sonar como habitual entre la gente del pueblo. La audiencia teatral más popular podía escuchársela a cualquier matón para referirse a los muertos en una refriega. Así se expresa Lope de Rueda (h. 1510-1565), autor tan bien conocido y admirado por Cervantes²⁷, en uno de los pasos de la *Comedia Eufemia*, publicada en 1567, poniendo en boca de un lacayo estas palabras:

24. «Toma *carne momia* que tienen los boticarios, y la pez, y la zaragatona, y la simiente de la suelda menos, simiente de mastuerzo. Y después de molido, tomen de la *carne momia* peso de un real, de la suelda menor peso de la mitad, de la simiente del mastuerzo la cuarta parte, y de suelda colorada tanto como de la suelda menor, qu'es peso de medio real, y júntense todos estos polvos y téngalos el cazador en un saquito de baldrés, porque no tomen humedad ni se salgan como se saldrían, si en lienzo lo traxesen, y tráyalos siempre consigo para las semejantes necesidades, porque es polvo muy aprobado para soldar cualquiera quebradura de las aves es; y si estos polvos estuvieren hechos y mezclados algunos días antes que los hayas menester, es muy mejor que no hacerlos al tiempo de la necesidad, porque se mezclan mejor. Y desque hayas dado a tu halcón estos polvos, procura que esté quedo en la parte do le pusieres, como está dicho, y gobiérnale dándole de comer buenas viandas» (Zúñiga y Sotomayor 1953: 234-235).

25. Por ejemplo, se aconseja que «Cuando el ave huviere gota en la caveça o en las renes, conocerlo as que no puede batir lejos, toma *momia* o los pelos de la liebre e dáselo a comer con la carne del gato» (Fradejas Rueda 1985: 193).

26. Cito por la edición de Andrea L. Arismendi (1995: 161v).

27. No parece necesario recordar aquí con qué fervor Cervantes se refiere a él en el comienzo del prólogo a sus *Ocho comedias y ocho entremeses* (1615).

VALLEJO ...¿A quién se le hubiera hecho semejante afrenta, que no tuviera ya dozena y media de hombres puestos a hazer *carne momia*?²⁸

Junto a estas menciones, que remiten lejanamente al antiguo Egipto, encontramos en los siglos XVI y XVII relatos de viajeros y cronistas de Indias que hablan de cómo la momificación, espontánea o artificial, húmeda o seca, era muy frecuente en la América indígena. Por ofrecer unas características muy diferentes, pero con algunos elementos comunes a las momias egipcias, esas noticias exóticas debían de sorprender a los lectores. Pondremos algunos ejemplos. López de Gómara, que nunca estuvo en América, presume de haberse documentado bien para redactar su *Historia natural de las Indias* (1554). Después de dejar claro que los indios no tenían los valores cristianos («Son mentirosos, ladrones, crueles, sométicos, ingratos, sin honra, sin vergüenza, sin charidad ni virtud»), describe cómo embalsamaban a los muertos y cómo el frío favorecía la conservación de los cuerpos: «Sepúltanse debaxo la tierra, y algunos embalsaman echándoles un licor de árboles olorosos por la garganta, o untándolos con gomas; en la sierra se conservan infinito tiempo con el frío y así ay mucha *carne momia* (f. 265r)»²⁹.

Francisco Cervantes de Salazar en su *Crónica de la Nueva España*, publicada en 1575, nos da noticias del canibalismo y de que los muertos no eran comidos por los gusanos, como era habitual en Europa, y esto lo achacaba a su alimentación³⁰.

Por no abundar más sobre el consumo de *carne momia* en aquellos años, completaré este bosquejo con unos testimonios sobre el comercio mediterráneo que se estableció entre los otomanos y los europeos. Cuando Pedro de Urdemalas explica en el *Viaje de Turquía* cómo es la peregrinación a La Meca,

28. Lope de Rueda (1992: 201). La acepción de *carne momia* como 'cadáver' seguirá viva en el teatro de Lope de Vega. Camacho, el criado de Alexandro en *La prueba de los ingenios*, le espeta a su amo en un momento de apuro: «Si en el laberinto quedo,/ escríva alguno a Toledo,/ que hecho *carne momia* estoy» (*Doze comedias de Lope de Vega... Novena parte*, Madrid, Alonso Martín, 1617, f. 21vb).

29. López de Gómara (2000). La conservación por el frío ya había llamado la atención de otros cronistas. Es interesante al respecto el testimonio de Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias* donde habla de que los españoles comieron en una ocasión «los caballos que había cinco meses que se les habían muerto a los que primero pasaron con el Adelantado, los cuales estaban conservados, no como *carne momia*, sino frescos e sin hedor, por el demasiado viento e frío e sequedad de la tierra; y sobre les tomar los sesos y lenguas se acuchillaron algunos hombres, porque quien los comía, pensaba que tenía mirrauste [una salsa especial] e manjar blanco, u otro de más precioso e agradable sabor» (Fernández de Oviedo 1959: 146).

30. «Notaron los nuestros una cosa no digna de olvidar, que los recién muertos hedían y después no hacían gusanos, tanto que como *carne momia* se enxugaban en muy breve, de manera que tomando a uno por el pie le levantaron entero, como si fuera hecho de cañahexas. La causa desto se cree que era el comer poca carne o ninguna, sino era la que de cuando en cuando comían de los que sacrificaban, porque de la de los suyos siempre se abstuvieron; su cotidiana comida era tortillas y agi, comida muy enxuta y que engendraba pocos humores, y caer los cuerpos sobre tierra salitrosa. Murieron muchos nobles, porque fueron los que más porfiaron. Bebían ruin agua, mas no de la salada, porque es peor que la de la mar» (párrafo 15).

nos informa de que Constantinopla es un importante lugar de distribución de momias, presumiblemente egipcias:

Porque es largo el camino se parten seis meses antes para poderse hallar allá a tiempo de celebrar esta su fiesta, y conciertanse muchos de ir juntos, y los pobres, mezclados con los ricos, dan consigo en El Cairo, y de allí van por un camino muy desierto, llano y arenoso en tanta manera, que el viento hace y deshace montañas del arena y peligran muchos, porque los toma debajo, y de aquí se hace la *carne momia*, según muchos que la traen me contaban, que en Constantinopla todas las veces que quisiéredes comprar doscientos y trescientos cuerpos de estos hombres los hallaréis como quien compra rábanos (Villalón 2006: 237).

Y más adelante, describiendo Constantinopla dice que:

En las plazas de aquellas mezquitas hay muchos charlatanes que están con las culebras y lagartos a uso de Italia, herbolarios muchos, y gente que vende *carne momia* en toda cantidad que podrían cargar naves de solo ello, y muchas tiendas de viejas que no tienen otra cosa en ellas sino una docena de habas y ganan luego de comer (Villalón 2006: 313).

Unas décadas después, en el otoño de 1584, Pedro Escobar Cabeza de Vaca viajó desde Mesina hasta Alejandría como parte de su peregrinación a Tierra Santa³¹. Mientras esperaba en El Cairo la ocasión para dirigirse a Palestina, le ofrecieron la posibilidad de ir en compañía de unos franceses a ver las momias, «cosa digna de ver y ser contada / y que al principio pone algún espanto». Nos refiere Escobar que poco tiempo atrás, a unas ocho leguas de El Cairo, un viejo se hundió en la arena y descubrió un fabuloso cementerio con centenares de momias: «tan enteros estaban estos cuerpos / con sus pellejos, sus cavellos y uñas / como si uvieran muerto en aquel día» (Escobar Cabeza de Vaca 1587: f. 32r)³². Lo que nos interesa ahora es documentar el comercio que se desencadenó y cómo se repartieron entre las autoridades turcas y el descubridor las ganancias del negocio:

Estos [cuerpos] por *carne momia* se venden
a muchos mercaderes que los llevan
por infinitas partes de la tierra
cuyo valor al turco contribuye
el moro que la cueva a descubierto,
aviéndole dexado el turco solos

31. Su peregrinación fue quizá la más larga que realizó un peregrino español en el siglo XVI, ya que después de visitar Palestina, llegó a Damasco y, tras volver a Jerusalén, viajó hasta el monte Sinaí. Me ocupe de esta peregrinación en mi artículo (Lama 2015).

32. Nuestro peregrino destaca la frescura de aquellos cadáveres: «Todos ellos estaban muy vendidos / con unas tiras de un pintado lienço / sobre cierto vetún, que antes ponían / el cual de corrupción los preservava./ No uviera nadie que aquel lienço viera /que creyera aver más de cuatro días / que estaba allí (tan nuevo y tal estava)...» (ff. 32v-33r).

los ydolos que tienen en los vientres
que le valen gran summa de dinero. (f. 33v)

Con un punto de ironía y escepticismo, Cabeza de Vaca nos dice de qué forma regresan aquellos cuerpos difuntos al mundo y cómo se comercializan por toda Europa:

La profecía que el sabio publicava
de que los que allí están vuelvan al mundo
hallamos ser verdad por nuestra cuenta,
pues los llevan de allí a Francia, a Alemania,
a Italia, a Inglaterra y a otras partes
donde usan de ellos para *carne momia*... (ff. 33v-34r)

6. EL *DIOSCÓRIDES*, CERVANTES Y LA *CARNE MOMIA*

Por los años en que Lope de Rueda viajaba de ciudad en ciudad, representando autos, pasos y comedias, se publicaba en castellano el célebre tratado médico de la Antigüedad conocido como *Dioscórides*³³. El humanista y médico segoviano Andrés Laguna lo publicó en castellano en Amberes en 1555 y la obra obtuvo una fabulosa difusión³⁴. López-Muñoz, Álamo y García-García (2011: 121) afirman que «el texto de referencia en el campo de la terapéutica y la toxicología durante la época cervantina fue, sin lugar a dudas, el *Dioscórides*». Como nos recuerda Eisenberg, Cervantes seguramente poseyó en su biblioteca un ejemplar de esta obra (2002: 75)³⁵, la única de materia

33. Tanto en su lengua original, el griego, como en latín y luego en árabe, la obra tuvo una formidable difusión en la Edad Media. Y en el Renacimiento, junto a versiones latinas, circularon muchas en francés y en italiano. De la versión al italiano de Matioli, la más divulgada, se cuentan una treintena de ediciones entre 1544 y 1712.

34. Tras una primera edición de la obra de Laguna en latín (*Annotaciones in Dioscoridem Anazarbeum*. Lyon, apud Gulielmum Rouilium, 1554), el tratado se publicó con el título *Pedacio Dioscórides Anazarbeo, acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos...traducido de la lengua griega en la vulgar castellana... por el Doctor Andrés de Laguna, Médico de Julio III Pont. Max.*, Anvers, Juan Latio, 1555. El *Dioscórides* de Andrés Laguna conoció luego una veintena de ediciones hasta el siglo XVIII. A. Laguna fue médico de Carlos V, de Felipe II y, como reza en la portada de la edición mencionada, del papa Julio III. No hará falta decir que el *Dioscórides* de Laguna gozó del máximo respeto en la corte de Felipe II, a quien el médico segoviano dedicó su obra, aún siendo príncipe, con un ejemplar especialmente iluminado que hoy custodia la BNE (R/8514).

35. Eisenberg postula que Cervantes pudo poseer probablemente un ejemplar de las ediciones de Salamanca (1584 o 1586) o posiblemente de las de 1563, 1566 y 1570. El código pudo ser de origen familiar, habida cuenta de que «es bien conocido que Cervantes procedía de una familia de sanitarios: su bisabuelo Juan Díaz de Torreblanca (¿?-1512) era bachiller médico y cirujano con ejercicio en Córdoba, su padre Rodrigo de Cervantes (1509-1585) cirujano-sangrador y su hermana Andrea de Cervantes (1545?-1609) enfermera. En este marco familiar, es muy posible que Cervantes fuese partícipe de ciertas prácticas médicas y curativas, que pudo transfundir a sus creaciones literarias» (López-Muñoz y Álamo 2007: 194, n. 1).

médica que menciona en toda su producción³⁶. Hasta tal punto debió de ser utilizada en el *Quijote*, que algunos préstamos son prácticamente literales (López-Muñoz y Álamo 2007). Como es sabido, Andrés Laguna partió de la versión latina de Jean de la Ruelle que había sido publicada con el título *Materia medica* (Alcalá de Henares, 1518), pero fue mucho más allá, ya que nuestro naturalista fue añadiendo, a continuación de su traducción al castellano del texto antiguo, comentarios y adiciones que doblan la extensión del texto original. En lo referente a la *carne momia*, estos añadidos nos permiten deslindar con precisión las creencias antiguas de las particulares del doctor Laguna.

En los capítulos 79, 80 y 81 del libro I de la edición de 1555 trata el doctor Laguna, respectivamente, “Del betún que los griegos llaman *asphalto*”, “Del *pisasphalto*” y “Del betún llamado *naptha*” (p. 59). De este último, que es otro tipo de *asphalto*, y que puede ser blanco o negro, comenta numerosas virtudes³⁷, pero en sus comentarios añade:

Embalsamábanse antiguamente los cuerpos muertos de los príncipes y señalados varones de Syria, con aloe, açafrán, myrra y bálsamo; la cual costumbre permanece aún oy día; empero los de los pobres y populares, con *pisasphalto*, del cual conficionado en el vientre defuncto, con el licuor de la carne humana se hazía y haze la *mumia* que tan ordinariamente aplican los médicos árabes a diversas enfermedades. Y dado que aquella confection de bálsamo y *myrra* con la cual se conservan incorruptos los cuerpos de los grandes señores se haga una *mumia* muy más perfecta, que la que consta del *pisasphalto*, es toda vía de creer que la tal jamás nos viene a nosotros: pues ni se venden, ni se pueden tan fácilmente robar los cuerpos embalsamados de personas grandes y poderosas, como los de otros hombres vulgares (pp. 59-60).

Dado que los antiguos no se refieren nunca al hablar de la *mumia* a los cuerpos embalsamados, ya que para ellos no son sino elementos minerales, Laguna acude a Avicena y a los médicos árabes para explicar la *carne momia* moderna, pero lo hace con el escepticismo de quien no está seguro de sus cualidades terapéuticas:

La *momia* [moderna] no es otra cosa sino el *pisasphalto* fermentado dentro de un cuerpo muerto. Y así son dignos de grande reprehensión los que administran la *carne momia* en lugar del *asphalto*, dándonos a beber ciertos çancarrones caydos de algunas horcas, para fortificarnos. Porque, ¿cómo puede confortar o preservar de daño y corruption lo que conservar-

36. «Con todo eso –respondió don Quijote– tomara yo ahora más aína un cuartal de pan o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que quantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna» (Cervantes 1994, I, 18: 172).

37. «Todo betún defiende las partes de inflamación, suelda, molifica y, administrado en perfume, descubre los que tienen gota coral, así como el azabache, si se perfuman con él. Bevido con vino y castóreo, provoca el menstuo. Es útil a la tosse antigua, al asma, al corto anhélito, a los mordiscos e las serpientes, a la sciática y al dolor de costado...» (p. 59).

se a sí mismo no pudo? Empero caymos en tales tiempos que, los que vivos no valieron, ni aún el cabestro con que los ahorcaron, antes merecieron ser echados del mundo, como inútiles y perniciosos a la república, muertos nos los venden a peso de oro. ¿Qué a peso de oro? Digo a costa de nuestras vidas (p. 59)³⁸.

7. LA CARNE MOMIA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVII

Los testimonios del siglo XVII sobre el consumo de *carne momia* son igualmente abundantes. Con frecuencia encontramos el producto en inventarios de doctores y boticas³⁹. Por otro lado, en las Indias la momificación por la sequedad de la arena está bien documentada. Hacia 1604 viajó de Panamá a Perú Diego de Ocaña, cuyo relato da cuenta en varias ocasiones de este tipo de momificación espontánea:

... me dieron a mí unas cuartanas que me pusieron, con las sangrías que me hicieron, muy flaco; y me duraron, después, hasta la ciudad de Trujillo, y algunas veces me cogía el frío de la cuartana en el camino por aquellos arenales, que cada vez que me daba era con tanto rigor, que entendía morir y quedarme para *carne momia*, como hay otros muchos cuerpos por aquellos caminos, que no se pudren por ser la arena tan seca⁴⁰.

38. Por si no hubiera quedado claro, repite más adelante algunos conceptos y presume de poseer una buena cantidad de momia de calidad: «Torno, pues a decir que la preciosísima *mumia*, no es otra cosa sino aquel condimento y aloe, açafrán, myrra y bálsamo con que se conservan mucho tiempo los cuerpos de los príncipes y reyes defunctos, de la cual me puedo alabar que tengo una cantidad no pequeña. Porque como en el pontificado de papa Paulo, según diximos hablando del cinamomo, se descubriesse el muy sobervio sepulcro de María, hermana de Arcadio y Honorio y, dentro de él, sin infinitas joyas, se hallasse mucha y excellentissima *mumia*, por intercesión de algunos amigos, me cupo a mí buena parte d'ella, con un pedaço del hueso dela cabeza» (p. 60). Con este y otros ejemplos queda de manifiesto que la popularización de la medicina académica es uno de los méritos incuestionables del Doctor Laguna (Baranda 1993: 24).

39. Así sucede en el de Apolinario Velázquez, de 1624, donde, junto a numerosos ungüentos y emplastos, se menciona «*Carne momia*, tres onzas» (Maroto 1998: párrafo 1).

40. Diego de Ocaña (1969: 27-28). Cuando va camino de Piura explica: «Y es aquella tierra tan caliente y aquella arena, que los cuerpos de los que murieron, ahora trescientos años, se están enteros, de causa que nunca llueve en aquellos arenales ni en toda la vida se acuerdan haber visto llover; y así, como no hay humedad no se pudren los cuerpos. Y todos los campos están llenos de aquellos cuerpos y de *carne momia*, que como los entierran y todo es arena, dentro de cuatro o seis meses los descubre el aire, porque pasa la arena de una parte a otra, de manera que adonde anocheció llano, amanece a la mañana un cerro de arena junta, muy grande» (1969: 194). Y encontrándose al sur de Lima, vive la experiencia del desierto: «Desde aquí partí otro día para el pueblo de Chilca, y en esta jornada me perdí y erré el camino, y caminé desde un día por la mañana hasta otro día aquella hora, que fueron veinticuatro horas sin apearme de la mula, por aquellos arenales sin saber dónde estaba; y caminé toda la noche por amor del sol, porque le hacía grande de día; y si me apeara a esperar que amaneciera, no tendrían qué comer las cabalgaduras sino arena, y a la mañana cuando quisiera caminar, no pudiera porque iban cansadas y sin comer; allí en aquellos arenales nos quedáramos para *carne momia*, como han quedado otros muchos» (1969: 280).

Volviendo a los testimonios españoles, vamos a acercarnos a las fechas en que Cervantes debía de estar ocupado en la redacción de su obra maestra. En 1602 apareció la *Segunda parte de la vida del Guzmán de Alfarache*, una continuación apócrifa publicada a nombre de Mateo Luján de Saavedra. En sus páginas encontramos un uso metafórico de *molido* muy revelador de lo que se entendía entonces por *carne momia*: «Al fin, en entrando por la cárcel y escribiéndome en el libro, salen un enjambre de gente de la vida a arrebatarme de mí, que si no les pareciera de la carda, me dejaran *molido* como *carne momia*»⁴¹.

Uno de los documentos más reveladores de la época es el del viajero italiano Pietro della Valle, que en 1614 inició sus viajes por Oriente —con estancias en Estambul, El Cairo, Tierra Santa, Arabia, Persia e India— y regresó a Italia en 1626. La publicación de sus viajes en dos volúmenes (en 1650 y 1658) nos ofrece interesantísimas explicaciones de su experiencia egipcia como comerciante de momias. En el curso del desvendaje de una momia femenina, por ejemplo, nos ofrece la confidencia de que «dicono che quella [mummia] delle donzelle e dei corpi vergini è la migliore» (Della Valle 1843: 201-202).

Especial mención merece en territorio español el famoso boticario del hospital de San Juan de Burgos, fray Esteban de Villa, que dedicó el tratado XVI de su *Libro de simples incógnitos en la Medicina* (1643: 87-91) a distinguir la verdadera momia de los sucedáneos que se utilizaban como tal. Solo los más entendidos pudieron calibrar el alcance doctrinal de las palabras de Villa, según las cuales la mejor momia, de haberse conservado su cuerpo, hubiera sido la de Jesucristo⁴². Por otro lado, sus largas explicaciones demuestran conocer bien las enseñanzas del italiano Matiole y del doctor Laguna.

Pero no menos interesante es comprobar cómo la literatura burlesca incorpora la *momia* en su vocabulario y se hace eco de su comercialización. Al menos cinco veces menciona Quevedo el término *momia* (en una ocasión en su variante *mumia*), concretamente en los poemas 687, 708, 839, 840 y 841 de sus *Obras completas* (Quevedo 1974). En los dos primeros, el poeta se burla de sendas viejas, pero en el segundo también se deja constancia de que la *carne momia* era cara:

Vieja amolada y bñida,
cecina con aladares,
pellejo que anda en chapines
por *carne momia* se pague. (vv. 81-84)

41. Luján de Saavedra (Juan Martí) (2001: 139-219).

42. Para este boticario, en caso de existir la momia perfecta, hubiera sido la de Jesucristo: «Dírame alguno si ninguna d'estas es la mumia perfecta y verdadera sino la definida que se guarda debaxo de los pórfiros y jaspes de los sepulchros de grandes señores que tuvieron costumbre de enterrarse así, como lo hizo Nicodemus con Christo Señor nuestro, según la de los judíos, llevando consigo las cien libras de myrrha y acibar que dice el Avangelista (sic) San Iuan cap. 19 y con S. Andrés Maximilla, ¿Cuál será la que usaremos o que pondremos en su lugar?» (Villa 1643: 89-90).

En los otros tres poemas, datados en torno a 1625 (839, 840 y 841), el término *momia* le sirve a Quevedo para descalificar a Góngora. Y llega en los versos hipercultos del 840 no solo a llamar “momia” a su adversario, sino a postular que como tal podría ser rumiado –ya que, como momia, podía ser molido– sugiriendo que Góngora ni siquiera servía como momia en la farmacopea:

Tu forasteridad es tan eximia,
que te ha de detractar el que te rumia;
pues ructas viscerable cacoquimia
farmacopolorando como mumia⁴³,
si estomacabundancia das tan nimia
metamorfoseando el Arcadumia⁴⁴.

8. EL SIGNIFICADO DE *CARNE MOMIA* EN EL *QUIJOTE*

Tras este periplo textual, volvamos a leer despacio las páginas del *Quijote*. La escena donde Sancho se ve convertido en *carne momia* está construida toda ella en clave de humor. Si Sancho teme que le suceda, como a algunos, «entrar acaso por una selva tan intrincada que no aciertan a salir de ella en seis días», está evocando aquellos temores a perderse en el desierto y convertirse en *carne momia*. Esta imagen se había convertido ya en tópica: hemos visto cómo el Comendador Griego la evoca en su comentario a *Las Trescientas*; viajeros como Pero Tafur o Diego de Mérida y muchos otros aluden a esos cuerpos que las arenas devuelven momificados; las mismas explicaciones de Covarrubias y *Autoridades* abundan en la idea de cuerpos perdidos y sepultados en la arena. Pero la selva no es el desierto, y menos en el escenario manchego. Sancho esgrime sus miedos infundados para justificar apartarse de los demás a un arroyo con una empanada «donde –dice– pienso hartarme por tres días». Además, presume de aprender los consejos de su señor don Quijote en lo tocante a los peligros que acechaban a esos caballeros andantes. Idealismo y realismo se concitan en este breve párrafo, como tantas veces, para provocar la risa o la carcajada del lector. Y si como aquellos que morían sepultados en las arenas se quedara «hecho carne momia», y por tanto convertido él mismo en medicina para atajar ciertas dolencias, el efecto resultaba aún más hilarante.

Aunque en la ficción llevaba don Quijote un mes convaleciendo, cuando el personaje reaparece en la publicación de 1615, habían pasado diez años desde que los lectores habían tenido noticia de las aventuras del hidalgo man-

43. Nótese que aparece aquí la variante “mumia” por razones de rima.

44. He dedicado a estos versos quevedianos un trabajo que acaba de aparecer publicado en *La Perinola*, «Quevedo, Góngora y la *carne momia*» (Lama 2019). Más cercana a Cervantes es la referencia al uso de la carne de una bruja momificada que encontramos en *Macbeth* (acto IV, escena 1.^a) de Shakespeare formando parte del caldero que otra bruja hace hervir.

chego. Esta primera imagen de don Quijote en la Segunda parte, ante el cura y el barbero, posee una gran fuerza teatral («halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado que no parecía sino hecho de carne momia»). Su figura hubiera resultado patética a los lectores de Cervantes, si no les hubiera parecido cómica tras haber conocido su triste final en la Primera parte. Seco y amojamado como estaba, nada es más lógico que tuviera la apariencia de una momia. Pero lo que Cervantes escribe es «que no parecía sino hecho de *carne momia*». Como hemos visto, *carne momia* designaba tanto al cuerpo entero del difunto, ya momificado, como al producto de la farmacopea. Si el cuerpo del hidalgo estaba «hecho de *carne momia*», nada impedía imaginar a aquellos primeros lectores del *Quijote* que un personaje tan ilustre podría acabar en los albarelos o en las cajas de cualquier farmacia.

Durandarte, personificación de la espada de Roldán, es personaje de varios romances viejos. Nada más enamorarse de Belerma, el héroe se marchó a la guerra y murió siete años después tras librar heroicas batallas. Su corazón se lo llevó Montesinos a Belerma, como le había prometido, y este es el pasaje que aquí evoca Cervantes⁴⁵. Para comprender su significado adecuadamente, debemos tener a la vista el divertidísimo romance de Góngora, fechado en 1582, que empieza:

Diez años vivió Belerma
con el corazón difunto
que le dejó en testamento
aquel francés boquirrubio.

Efectivamente, Belerma vivió en París guardando luto al corazón de Durandarte, sin encontrar consuelo. En estas circunstancias vino a verla doña Alda, empeñada en que se olvidara de Durandarte y en que la acompañara a disfrutar de la vida en mil aventuras. Doña Alda la encuentra llorando y «sobre el muerto corazón / envuelto en un paño sucio»

le dice: «Amiga Belerma,
cese tan necio diluvio,
que anegará vuestros años
y ahogará vuestros gustos.
25 Estése allá Durandarte
donde la suerte le cupo;
buen pozo haya su alma,
y pozo que esté sin cubo.
Si él os quiso mucho en vida,

45. El tema del corazón de Durandarte ha sido muy estudiado. Un panorama general sobre las muchas versiones del romance y sus pervivencias en Asturias y Andalucía lo podemos encontrar en el trabajo de Diego Catalán, «Hallazgo de una poesía marginada: el corazón de Durandarte» (Catalán 1998).

- 30 también lo quisistes mucho,
 y si tiene abierto el pecho,
 queréllese de su escudo.
 ¿Qué culpa tuvistes vos
 de su entierro, siendo justo
 35 que el que como bruto muere,
 que lo entierren como a bruto?;
 muriera él acá en París,
 a do tiene su sepulcro,
 que allí le hicieran lugar
 40 los antepasados suyos.
 Volved luego a Montesinos
 ese corazón que os trujo,
 y enviadle a preguntar
 si por gavilán os tuvo.

Este último verso nos da una de las claves para comprender el pasaje cervantino: ¿por qué doña Alda le dice a Belerma que le pregunte a Montesinos si le tuvo a ella por gavilán? Era habitual que a las aves rapaces se les diera de comer las vísceras de sus presas, como nos recuerda Carreira (1998, I: 260), pero Góngora seguramente no ignoraba que la *carne momia* se utilizaba también como producto curativo para las aves cetreras. Y mejor debía saberlo Cervantes, que transforma el corazón de Durandarte en *carne momia*. Desde el *Moamín* del siglo XIII y *El libro de las aves de caça* de Pero López de Ayala, de finales del XIV, hasta el *Libro de cetrería de caza de azor* de Fadrique de Zúñiga (1565) o el *Modo de meleçinar las aves*, anterior a 1600, todos los libros de cetrería recomiendan el uso terapéutico de la *carne momia*. La comitiva presidida por Belerma no deja de ser una parodia magnificada del luto que esta dispensa a su amado Durandarte. Y desde luego, basta fijarse un poco en la distorsionada caricatura con que Cervantes pinta a Belerma y el grandioso ceremonial que rodea dicha procesión para no dudar de la hilarante ironía con que Cervantes construye la escena⁴⁶. Asistimos aquí a una de las últimas parodias sobre tan esforzado caballero, un héroe de leyenda que había logrado al fin que su corazón estuviera con su amada⁴⁷. El contexto elegido por Cervantes para decirnos que su corazón era de *carne momia* es muy revelador: si para Góngora el corazón de Durandarte era comida de gavilanes, ¿qué impedía a los lectores del *Quijote*, especialmente a quienes

46. «Era cejijunta y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras» (p. 715).

47. Creo que Diego Catalán supo valorar mejor que nadie el significado de esta escena: «Cervantes, al echar sal al sangriento despojo de Durandarte, amojamaba y convertía en “carne momia” no solo el “corazón del más valiente que en Francia ceñía espada”, sino todo un tópico de la poesía trovadoresca y la prosa caballerescas y sentimental, el de que el enamorado (o enamorada), por el hecho de amar, enajena su corazón, que en adelante pertenece a su amada (o amado)» (Catalán 1998: 16).

habían leído o escuchado el citado romance, imaginar ese “corazón de *carne momia*” como producto de la farmacopea del momento?⁴⁸

Pero hay más. El *Diccionario de Autoridades* documentaba en *La pícara Justina*, como observan A. Rey y F. Sevilla, una acepción menos conocida hoy de *carne momia*: «La carne que se vende en la carnicería, cuando es sin hueso y de parte escogida»⁴⁹. Si los académicos afirmaban que era “término de estilo familiar” y estaba ya documentada la voz un siglo y cuarto antes de que se publicara su *Diccionario*, ¿no resulta verosímil que los lectores del *Quijote* de 1615 hicieran chistes fáciles con el corazón de Durandarte convertido de repente en *carne momia*?

9. REFLEXIONES FINALES

Quienes se han ocupado de la medicina y la farmacopea en los textos de Cervantes están de acuerdo en que este «conocía los diferentes preparados de botica y la farmacopea de la época, basada fundamentalmente en la aplicación de aceites, ungüentos, bálsamos, conservas, raíces, cortezas y jarabes» (López-Muñoz, Álamo y García-García 2011: 123). Muchos testimonios se han encontrado en sus páginas de que la materia médica le interesaba. Algunas palabras de don Quijote en II, 18, sobre la ciencia de la caballería bien pueden aplicarse a su autor: «[El caballero andante] ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante a cada triquete buscando quién se las cure» (p. 669). La mención de los polvos del ruibarbo⁵⁰ que necesitaba Belianís «para purgar la demasiada cólera» (I, 6), demuestra que conocía bien las propiedades de esta raíz empleada en el Renacimiento y que Andrés Laguna mencionaba como “reobárbano”. El bálsamo de Fierabrás, por ejemplo, tantas veces nombrado, viene a expresar ese afán del héroe –y de su autor– por encontrar la solución farmacoterapéutica a todos los males.

48. No pensemos que estos argumentos caballerescos estaban reservados a los eruditos en una época en que la difusión oral del romancero estaba muy viva. En sus *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas* (II), Serrano y Sanz recuerda una anécdota que manifiesta la popularidad de la historia de Durandarte y Belerma en el siglo XVII. Cuenta el erudito en cuestión, basándose en Jerónimo Barrionuevo, que doña Antonia de Mendoza, condesa de Benavente (nacida en Sevilla a principios del siglo XVII y muerta –de una indigestión de aves– en 1656, «tenía hecho testamento (...) que la embalsamasen y llevaran su corazón al túmulo de su marido, que también se hallan ahora Belermas y Durandartes a cada paso») (Soriano del Castillo 1990: 217, n. 45).

49. Cabría postular que el origen de esta acepción para referirse a la carne de más calidad, sin hueso, estuviera en su alto precio, similar a la de la *carne momia* de la farmacopea. También quizá porque esa carne escogida se podía comer por entero, sin ningún desperdicio de huesos. Ambas posibilidades son mera especulación.

50. En sus dos variedades: raíz de *Rheum officinale* –ruibarbo chino poco utilizado en España– o *Rumex alpinus* –ruibarbo de los monjes–.

¿Qué podía pensar el lector del *Quijote*, probable conocedor del *Tesoro* de Covarrubias donde leía que «la perfectísima [*carne momia*] es de los cuerpos de los Príncipes, porque le echan juntamente aloe, açafrán, mirra y bálsamo»? La calidad de la *carne momia* basada en su origen fue asunto bastante discutido en la época y llegó a los extremos que hemos visto en las reflexiones del doctor Laguna, Pietro de la Valle o Esteban de Villa. ¿Tendría algún valor especial la *carne momia* de don Quijote o la del corazón de Durandarte por su noble procedencia? Estas especulaciones, que al lector del siglo XXI pueden parecer gratuitas, no debieron de ser inverosímiles en las reboticas del siglo XVI y entre quienes atribuían a la *carne momia* propiedades curativas.

¿Podríamos esperar que Cervantes hubiera sido más explícito en sus intenciones al presentarnos al hidalgo, a su escudero y al corazón del héroe caballeresco, como hechos de una sustancia susceptible de ser consumida como producto terapéutico? El consumo humano de la *carne momia*, ya habitual en los últimos siglos medievales, era en la época una práctica semisecreta⁵¹. Pero lo cierto es que, en ciertos círculos, este tipo de necrofagia era un secreto a voces. Su mención debía despertar cierta repulsa o, cuando menos, una mueca de escepticismo o una sonrisa malévol. Eso si no se quería llegar, como hemos visto en Quevedo, al uso sarcástico. Por la propia naturaleza del producto, creo que el buen lector del *Quijote* no necesitaba más palabras. Esta manera sutil de evocar realidades y experiencias curiosas forma parte del estilo con que Cervantes aborda las realidades más escabrosas. Podríamos mostrar docenas de ejemplos en los que el genial escritor sugiere mucho más de lo que dice en sus páginas. Cuando en la España de la Contrarreforma Sebastián de Covarrubias, como quien habla de oídas, tiene que atemperar su afirmación («y esta carne *dizen ser* de medicina que se receta para muchas enfermedades»), está insinuando que la reflexión sobre la conveniencia de ingerir carne humana para sanar de algunas dolencias no era un asunto para debatir en la plaza pública.

En fin, me parecen muy elocuentes las palabras de F. López-Muñoz y C. Álamo en la GEC a propósito de ciertos fármacos cuyos componentes no era conveniente airear:

La ausencia de menciones específicas a estos fármacos posiblemente no se debe a la ignorancia del autor, que como hemos intentado demostrar no era ajeno a la materia médica y terapéutica, sino, como postulan varios autores y hemos apuntado previamente, a un exceso de celo frente a las autoridades eclesiásticas, que veían con malos ojos este tipo de medicinas y a la precaución que le causaba la actividad censora y punitiva del Tribunal del Santo Oficio (GEC: 4597).

51. No es ahora la ocasión para entrar en el debate sobre el origen de esta práctica, que nació en los siglos medievales vinculada a la medicina árabe, al parecer por pensar que la carne embalsamada era un buen sustituto de la momia antigua, producto bituminoso que se estaba agotando...

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Abraham de Toledo (1987). *Moamín. Libro de los animales que cazan*, ed. Anthony J. Cárdenas. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies.
- Alonso Hernández, José Luis (1977). *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*. Salamanca: Universidad.
- Arisemendi, Andrea L. (ed.) (1995). Pedro Arias de Benavides, *Secretos*. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies.
- Baranda, Consolación (1993). «Los lectores del *Dioscórides*: estrategias discursivas del Doctor Laguna», *Criticón*. 58, pp. 17-24.
- Bellido Morillas, José María (2008). «Uso médico de la carne humana en España», *El Catoblepas (Revista Crítica del Presente)*. 81, p. 16.
- Belon du Mans, Pierre (1588). *Les observations de plusieurs singularitez et choses memorables, trouvees en Grece, Asie, Iudee, Egypte, Arabie et autres pays estranges*. París: Guillaume Cavellat.
- Bradford, Carlos F. (1885). *Índice de las notas de D. Diego Clemencín en su edición de el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* (Madrid, 1833-39, 6 vols.). Madrid: Imprenta y fundición de Manuel Tello.
- Carreira, Antonio (ed.) (1998). Luis de Góngora, *Romances*, I. Barcelona: Quaderns Crema.
- Catalán, Diego (1998). «Hallazgo de una poesía marginada: el corazón de Durandarte», en *Arte poética del romancero oral*. Parte 2.^a: *Memoria, invención, artificio*. Madrid: Siglo XXI, pp. 1-34.
- Cervantes de Salazar, Francisco (1971). *Crónica de la Nueva España*, ed. Manuel Magallón. Madrid: Atlas.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1780). *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*. Madrid: Joaquín Ibarra.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1781). *Historia del famoso caballero don Quixote de la Mancha*, ed. John Bowles. Salisbury: Imprenta de Eduardo Easton.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1798-1799). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Juan Antonio Pellicer. 5 vols. Madrid: Gabriel de Sancha.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1833-1839): *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (comentado por Don Diego Clemencín)*. 6 vols. Madrid: Oficina de D. E. Aguado, Impresor de Cámara de S. M. y de su Real Casa.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1859). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, «con las notas de Pellicer, Clemencín y otros repartidas por el contexto»*. Madrid: Librería de San Martín; y Barcelona: En el Plus Ultra (se reimprimió en 1869 en Barcelona: Espasa Hermanos, editores).
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1931-1935). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rodríguez Marín. Bilbao-Madrid-Barcelona: Espasa Calpe.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1935-1941). *Don Quijote de la Mancha*, eds. Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla. Madrid: Gráficas Reunidas.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1983). *Don Quijote de la Mancha*, ed. John Jay Allen. Madrid: Cátedra, 2 vols.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1989). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Vols. I y II, ed. Luis Andrés Murillo. Madrid: Castalia.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1994). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. revisada y ampliada de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas. Alcalá: Centro de Estudios Cervantinos.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (2004). *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico. Madrid: Real Academia Española - Asociación de Academias de la Lengua Española.

- Cervantes Saavedra, Miguel de (2005). *Don Quijote de la Mancha*, ed. Martín de Riquer. Barcelona: Planeta.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (2015). *Don Quijote de la Mancha: edición del Instituto Cervantes (1605, 1615, 2015)*, dir. Francisco Rico. Madrid-Barcelona: Espasa Calpe - Círculo de Lectores, 2 vols.
- Covarrubias, Sebastián de (1611). *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid: Luis Sánchez.
- Covarrubias, Sebastián de (1674). *Tesoro de la lengua castellana o española. Añadido por el Padre B. Remigio Noydens*. Madrid: Melchor Sánchez.
- Covarrubias, Sebastián de (2006). *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición integral e ilustrada de Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Madrid: Iberoamericana-Vervuert-Universidad de Navarra-Real Academia Española.
- Cull, John y Cynthia Wasick (eds.) (1995). *Gordonio. BNM 1315*. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies.
- Dannenfeldt, Karl H. (1985). «Egyptian Mumia: The Sixteenth Century Experience and Debate», *The Sixteenth Century Journal*. 16 (2), pp. 163-180.
- Della Valle, Pietro (1843). *Viaggi di Pietro della Valle il Pellegrino descritti da lui medesimo in lettere familiari all'erudito suo amico Mario Schipano...*, vol. I. Turín: Stabilimento Tip. de A. Fontana.
- Diccionario de Autoridades* (1729). Madrid: Real Academia de la Lengua, vol. II.
- Echeverría Reyes, Anibal (1932). *Vocabulario de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel Cervantes y Saavedra*. Santiago: Prensas Universitarias de Chile.
- Eisenberg, Daniel (2002), «La biblioteca de Cervantes. Una reconstrucción», accesible en: <<http://users.ipfw.edu/jehle/deisenbe/cervantes/reconstruction.pdf>> (fecha de acceso 20 de enero de 2018; es versión ampliada del artículo recogido en *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*, II Quaderns Crema, 1987, pp. 271-328).
- Escobar Cabeza de Vaca, Pedro (1587). *Luzero de la Tierra Sancta*. Valladolid: Bernardino de Santo Domingo.
- Feijoo, Benito Jerónimo (2003). *Theatro crítico universal*. Madrid: Real Academia.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo (1959). *Historia general y natural de las Indias*, en Biblioteca de Autores Españoles. Vol. 121. Madrid: Atlas.
- Fernández Gómez, Carlos (1962). *Vocabulario de Cervantes*. Madrid: Real Academia Española.
- Fradejas Rueda, José Manuel (ed.) (1985). *Modo de meleçinar las aves*. Madrid: Cairel.
- Fradejas Rueda, José Manuel (ed.) (1987). «Maomin (Muhammad Ibn 'Abd Allah Ibn 'Umar al-Bayzar)», en *Libro de los animales que cazan (Kitab al-Yawarih)*, pról. Manuel Alvar. Madrid: Casariego.
- García Marrasé, Elisabeth (2015). «Mercaderes de momias. El mito de la momia egipcia en el contexto comercial de la Edad Moderna», en Juan José Iglesias Rodríguez, Rafael M. Pérez García y Manuel F. Fernández Chaves (eds.), *Comercio y cultura en la Edad Moderna. Actas de la XIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*. Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, pp. 1005-1028.
- Herrera, María Teresa y M.^a Nieves Sánchez (eds.) (2000). *Libro de Astrología*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Herrera, María Teresa y M.^a Estela González de Fauve (1997). *Sumario de la medicina, con un compendio sobre las pestíferas bubas*. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies.
- Laguna, Andrés (1555). *Pedacio Dioscórides Anazarbeo, acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos...traducido de la lengua griega en la vulgar castellana*. Amberes: Juan Latio.
- Lama de la Cruz, Víctor de (2015). «El vallisoletano Pedro Escobar Cabeza de Vaca en su *Luzero de la Tierra Sancta*», *Castilla. Estudios de Literatura*. 6, pp. 367-401.

- Lama de la Cruz, Víctor de (2019). «Quevedo, Góngora y la carne momia», *La Perinola*. 23, pp. 317-329.
- López de Ayala, Pero (1869). *El libro de las aves de caza. Con las glosas del Duque de Alburquerque*. Madrid: M. Galiano.
- López de Gómara, Francisco (2000). *La primera parte de la Historia natural de las Indias*, ed. Irma Caballero Martínez. Salamanca: CILUS.
- López-Muñoz, Francisco y Cecilio Álamo (2007). «El Dioscórides de Andrés Laguna en los textos de Cervantes: de la materia medicinal al universo literario», *Anales Cervantinos*. 39, pp. 193-217. <https://doi.org/10.3989/anacervantinos.2007.008>.
- López-Muñoz, Francisco, Cecilio Álamo y Pilar García García (2011). «Tósigos y antídotos en la literatura cervantina: sobre los venenos en la España tardorrenacentista», *Revista de Toxicología*. 28, pp. 119-134.
- Luján de Saavedra, Mateo (Juan Martí) (2001). *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, en Florencio Sevilla (ed.), *La novela picaresca española*. Madrid: Castalia.
- Maroto, Mariano (1998). *Inventario y tasación de la botica del doctor Apolinario Velázquez [1624]*, banco de datos (CORDE) [en línea], *Corpus diacrónico del español*. Accesible en: <<http://www.rae.es>>. Fecha de acceso: 29 de enero de 2018.
- Ocaña, Fray Diego de (1969). *Relación de un viaje por América*, ed. Fray Arturo Álvarez. Madrid: Studium.
- Paré, Ambroise (1582). *De la Mumie, de la Licorne, des Venins et de la Peste*. París: Chez Gabriel Buon.
- Pérez de Pineda, fray Juan de (1588). *Monarquía Eclesiástica o Historia universal del mundo*. Salamanca: en la oficina de Iuan Fernández.
- Pérez Priego, Miguel Ángel (ed.) (1989). Juan de Mena. *Obras completas*. Barcelona: Planeta.
- Petigrew, Thomas J. (1834). *A History of Egyptian Mummies*. Londres: Longman et al.
- Prioreschi, Plinio (1996). *A History of Medicine. Vol I: Primitive and Ancient Medicine*, 2.ª ed. Omaha (Nebraska): Horatius Press.
- Quevedo, Francisco de (1974). *Obras completas, I*, ed. José Manuel Blecuá. Barcelona: Planeta, 4.ª ed.
- Rojo Vega, Anastasio (2012a). «Remedios raros en Medicina: momia artificial (I)», *Revista Española de Investigaciones Quirúrgicas*. 15 (2), pp. 109-115.
- Rojo Vega, Anastasio (2012b). «Remedios raros en Medicina: momia artificial (II)», *Revista Española de Investigaciones Quirúrgicas*. 15 (3), pp. 169-175.
- Rueda, Lope de (1992). *Pasos*, ed. José Luis Canet Vallés. Madrid: Castalia.
- Soriano del Castillo, Catherine (1990). «Durandarte y Belerma en el manuscrito II-2803 de la Biblioteca de Palacio», *Filología Románica* (Editorial Complutense de Madrid). 7, pp. 197-217.
- Tafur, Pero (2018). *Andanzas y viajes*, ed. Miguel Á. Pérez Priego. Madrid: Cátedra (Letras Hispánicas 802).
- Thevet, André (1575). *La Cosmographie Universelle*. Vol. I. París: G. Chaudiere.
- Villa, Fray Esteban de (1643). *Libro de simples incógnitos en la Medicina*. Burgos: Pedro Gómez de Valdivielso (hay reproducción facsímil del Colegio Oficial de Farmacéuticos, 1995).
- Villalón, Cristóbal de (2006). *Viaje de Turquía*. Texto preparado por Enrique Suárez Figaredo. Accesible en: <http://users.pfw.edu/jehle/cervante/othertexts/suarez_figaredo_viajeturquia.pdf>. Fecha de acceso: 22 de noviembre de 2019.
- Zúñiga y Sotomayor, Fadrique de (1953). *Libro de cetrería de caza de azor*, ed. Dámaso Gutiérrez-Arrese. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles.

Recibido: 22 de febrero de 2018

Aceptado: 5 de noviembre de 2018